

Lee despacio este texto de Isaías

Sí, mi Servidor triunfará: será exaltado y elevado a una altura muy grande. Así como muchos quedaron horrorizados a causa de él, porque estaba tan desfigurado que su aspecto no era el de un hombre y su apariencia no era más la de un ser humano, así también él asombrará a muchas naciones, y ante él los reyes cerrarán la boca, porque verán lo que nunca se les había contado y comprenderán algo que nunca habían oído.

¿Quién creyó lo que nosotros hemos oído y a quién se le reveló el brazo del Señor? Él creció como un retoño en su presencia, como una raíz que brota de una tierra árida, sin forma ni hermosura que atrajera nuestras miradas, sin un aspecto que pudiera agradarnos.

Despreciado, desechado por los hombres, abrumado de dolores y habituado al sufrimiento, como alguien ante quien se aparta el rostro, tan despreciado, que lo tuvimos por nada.

Pero él soportaba nuestros sufrimientos y cargaba con nuestras dolencias, y nosotros lo considerábamos golpeado, herido por Dios y humillado. Él fue traspasado por nuestras rebeldías y triturado por nuestras iniquidades. El castigo que nos da la paz recayó sobre él y por sus heridas fuimos sanados. Todos andábamos errantes como ovejas, siguiendo cada uno su propio camino, y el Señor hizo recaer sobre él las iniquidades de todos nosotros.

Al ser maltratado, se humillaba y ni siquiera abría su boca: como un cordero llevado al matadero, como una oveja muda ante el que la esquila, él no abría su boca. Fue detenido y juzgado injustamente, y ¿quién se preocupó de su suerte? Porque fue arrancado de la tierra de los vivientes y golpeado por las rebeldías de mi pueblo. Se le dio un sepulcro con los malhechores y una tumba con los impíos, aunque no había cometido violencia ni había engaño en su boca.

A causa de tantas fatigas, él verá la luz y, al saberlo, quedará saciado. Mi Servidor justo justificará a muchos y cargará sobre sí las faltas de ellos. Por eso le daré una parte entre los grandes y él repartirá el botín junto con los poderosos. Porque expuso su vida a la muerte y fue contado entre los culpables, siendo así que llevaba el pecado de muchos e intercedía en favor de los culpables.

Ecce homo

(Jn 19, 1-5)



Pilato se hizo cargo de Jesús y lo mandó azotar.

Los soldados entrelazaron una corona de espinos y se la pusieron en la cabeza; lo revistieron con un manto púrpura, y acercándose a él le decían:

- ¡Salve, rey de los judíos!

Y le daban bofetadas.

Salió otra vez Pilato afuera y les dijo:

- Mirad, os lo saco para que sepáis que no encuentro culpa alguna en él.

Salió, pues, Jesús afuera, con la corona de espinos y el manto púrpura.

Pilato les dice:

- ***Aquí tenéis al hombre.***

Detente unos instantes ante la imagen y pide a Cristo que te conduzca con su cuerpo herido a lo largo de la oración.

El hombre que sufre

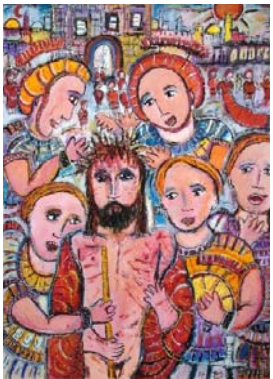


La imagen de Cristo marcado por el dolor nos dice que este hombre somos nosotros. Antes o después seremos heridos por el sufrimiento, por traiciones, mentiras, injusticias... por enfermedades, accidentes... y la tristeza se hará hermana nuestra.

Aunque ahora rías despreocupado, dueño de ti mismo, aunque la vida aún parezca ser fuerte e inagotable, ese hombre serás tú en algún momento.

Medita como la vida del hombre es siempre dolorosa. Cristo con su cuerpo herido nos invita a reconocernos en lo más frágil y penoso de la existencia. Sabremos del todo lo que somos y cuanto nos parecemos, cuando toquemos este lado amargo de la vida.
Repite mientras meditas: Señor, ten piedad.

El hombre que refleja la injusticia



El cuerpo doliente de Jesús refleja como un espejo el mal que habita en nuestro corazón. En sus heridas podemos reconocer nuestra capacidad de hacer daño o nuestra insensibilidad ante los que sufren. Es como si el evangelista dijera: esto es lo que llegamos a hacernos unos a otros. Esto es lo que da de sí el hombre.

Los hombres heridos por nuestro egoísmo, nuestra codicia, nuestro amor propio... nos recuerdan qué clase de hombres somos todavía. Los que sufren nos recuerdan que nuestra vida despreocupada les tiene atados a las injusticias y al dolor.

Medita hasta qué punto tus acciones hacen daño, o tus omisiones dejan que el mal y la injusticia lo hagan. Todo por no perder tu posición de dominio o bienestar. Medita hasta qué punto tu humanidad necesita conversión. Pide perdón.

El Dios solidario del dolor



En este hombre doliente los cristianos reconocemos la compasión de Dios que ha querido caminar con nosotros sin evitar ninguno de nuestros malos tragos.

Sus heridas están impregnadas por un amor casi incomprensible, poseen el oro de la misericordia divina que sabe abajarse para tomarnos de la mano de tú a tú. ¿Cómo no se compadecerá Dios de nosotros si ha sentido el dolor de nuestras mismas heridas en la carne de su Hijo amado?

Medita sobre la presencia de este amor de Dios que no ha querido dejar solo a nadie, que ha querido que todos, en su dolor, pudieran sentirse acogidos contemplando las heridas de su Hijo. Da gracias.

El Dios que ama en el dolor



En este Jesús herido se refleja la mansedumbre, la humilde oferta del amor que no se deja vencer por el odio y la violencia, que espera pacientemente convencer al agresor, ganarle para la vida.

Su silencio busca que el corazón del hombre pecador descubra el amor que lo busca desde siempre y acoja el perdón ofrecido de antemano. Este hombre es el que le dice a Pablo y a cada uno de nosotros: ¿por qué me persigues?, ¿por qué me haces daño?, ¿por qué te lo haces a ti mismo?

Medita hasta qué punto aceptas esta mirada silenciosa de Cristo en tu corazón. Pide que su paciencia, su mansedumbre y su perdón vayan borrando el poder del mal en tu corazón. Repite ante su cuerpo de amor herido: “Crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro”.